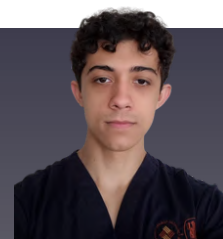


La razón de estar aquí



David Alejandro Sánchez González

ADHME

david.sanchez03@iest.edu.mx

Despertar, ir a clases, estudiar y dormir integraban mi rutina desde que tengo memoria, no era nada fuera de lo común ni espectacular. El único objetivo que tenía era terminar la carrera y así vivir de ser médico; o al menos, esas eran las mentiras que decía para intentar convencerme porque la realidad es que siempre existen dudas y más cuando se trata de una carrera tan demandante como medicina. ¿Realmente vale la pena? Una pregunta muy complicada que siempre preferí ignorar; sin embargo, en cada decisión y en cada día, esa inseguridad siempre me acechaba. No obstante, solo hizo falta un mes de vacaciones y un golpe de realidad para cambiar toda esta perspectiva.

Jueves 17/07/2025, 10:00 am. Me encontraba en mi casa, listo para desayunar cuando mi madre me llamó desde su habitación. En mi mente solo pensé: “¿ahora qué hice?”. Al entrar, la vi con el rostro pálido y asustada, entonces rompió el silencio: “Hijo, te tengo que decir algo”. En ese momento sentí una gran presión en mi pecho, ya sabía lo que iba a decir, no quería creerlo. Ella continuó diciendo: “Tu abuelita acaba de fallecer”.

Mi mente se desconectó en ese mismo instante; comencé a sudar, hiperventilar y las manos me temblaban de la impotencia. Sabía que mi abuelita se encontraba débil, pero nunca me imaginé que ocurriría tan pronto.

Me llevé las manos a la cabeza para después apretar los dientes en un esfuerzo por no llorar. Tras recuperar la compostura, tomé el coche con la idea de dirigirme a su casa lo más rápido posible; aunque las piernas me temblaban tanto que apenas podía sacar el clutch.

Al llegar, ya habían familiares reunidos en la casa que me daban sus condolencias. La verdad no me importaba, mi mayor preocupación en ese momento era ver el estado de mi abuelita. Entré en su habitación y ahí estaba, recostada en su cama como si solamente estuviera durmiendo. En seguida tomé su mano, todavía estaba caliente, podía sentir como alguna vez ese calor con el que alguna vez nos abrazó se iba desvaneciendo poco a poco. Chequé su pulso, no tenía; revisé sus reflejos pupilares sin tener respuesta. Se fue... No volverá...

“Buenos días”, se escuchó desde fuera de la casa. Era un hombre enviado por un doctor para llenar el acta de defunción, tras asegurarse del fallecimiento, pidió los datos para llenar el acta. Recuerdo que vi a mi padre, apenas sin responder, atónito ante el suceso y con la cara hinchada; seguramente de tanto llorar. En ese estado, él no podía pensar con claridad, así que lo ayudé a proporcionar los datos de mi abuelita, luego lo acompañé a la funeraria para organizar el velorio y apartamos la iglesia.

Al finalizar la misa, nos reunimos toda la familia afuera de la iglesia. Revivimos los buenos momentos que tuvimos mientras ella seguía con nosotros. Muchos me dijeron que ella estaba orgullosa de mí, que yo era su doctor y que ahora tenía que terminar la carrera, me dio gusto. Tras una larga charla, la gente encargada de la iglesia prácticamente nos echó, así que cada quien se fue a su hogar.

Al llegar a mi casa me recosté en la cama, todo había terminado. Ya no lo contuve más y todas mis emociones contenidas explotaron. Estaba triste, las lágrimas brotaron de mis ojos, luego una gran furia invadió todo mi cuerpo. ¿Por qué se fue? ¿Por qué no pasé más tiempo con ella? Finalmente me calmé, seguía dolido, pero ya había aceptado la situación. Así es la vida: las personas viven, se desarrollan y por último, mueren.

Pasaron dos semanas e inició un nuevo semestre de medicina como cualquier otro, pero yo no me sentía igual. La mayoría del tiempo no quería hablar con nadie, no disfrutaba las clases, y me sentía estresado por la cantidad de temas que había para estudiar. Entonces empecé a cuestionarme lo que siempre había ignorado: ¿Que estoy haciendo aquí? ¿Qué es lo que quiero lograr?

Me inscribí a la carrera de medicina más por influencia de mi familia que por decisión propia. Destaqué en la preparatoria, así que no me cuestioné mucho la elección. No me fue nada mal en mi primer año, ¿Pero a expensas de qué? Aislamiento social, noches sin dormir y estrés constante. No quiero vivir así mis 20. ¿Y si me doy de baja? Nadie me obliga a estudiar medicina, podría cambiarme a alguna ingeniería; nunca se me dieron mal los números.

No, no puedo darme de baja, ya perdí bastante práctica con las matemáticas. Si no estudio medicina, ¿qué voy a hacer? Además, tengo que acabar la carrera... por mi abuelita.

Voy a acabar la carrera por ella, porque ella hubiera querido eso... Lo estoy volviendo a hacer, estoy dejando que mis decisiones las tomen los demás. No puedo permitir que siga pasando. Si continúo así, nunca encontraré un propósito real en mis acciones, no tengo metas que realmente quiero cumplir. ¿Si vivo a expensas de lo que otros esperan de mí, realmente estoy viviendo? Es como si mi cerebro estuviera apagado, solo dejando pasar los días sin realmente darles un valor.

Además, mi familia, quienes se supone que son mi pilar de apoyo, se ha vuelto en algo que he convertido en un obstáculo para mi desarrollo personal. Lo peor es que es que como acabo de mencionar: "Lo convierto", porque nadie me fuerza; soy yo mismo. Mi abuelita nunca vino conmigo y me dijo: "Tienes que ser mi doctor, acaba la carrera". Son cosas que yo mismo me impuse.

Así que voy a intentarlo otra vez, ¿Que hago aquí? ¿Qué significa la medicina para mí? Medicina siempre ha representado desafíos y mucho esfuerzo, pero también es una nueva manera de ver el mundo. Ahora entiendo el porqué de las sensaciones más raras del cuerpo y en el futuro, entenderé el porqué de aún más cosas que ni imagino. Eso me encanta.

Pensándolo mejor, esas noches de estudio no son del todo malas, mientras las regule, realmente las disfruto y dan resultados positivos. Es un esfuerzo que abre muchas puertas de oportunidad a experiencias inolvidables.

Soy joven, es normal sentir que el mundo se me viene encima aunque no sea así. Si bien, el único que me limita en este punto soy yo, así que ¿por qué no intentarlo?. Ya sé que hago aquí, vengo a crecer como médico y como persona; aprendiendo de lo que me apasiona, aspirando siempre a lo más alto que pueda llegar y respetando la dignidad tanto de mis futuros pacientes como la de mis compañeros. Eso sí es algo que mi abuelita quisiera para mí.

La medicina pasó de ser una obligación a lo que debió ser desde un principio, mi pasión. El duelo por la muerte de mi abuela me ayudó a darme cuenta de que no estaba tomando las riendas de mi vida. Ahora me siento seguro de mis decisiones y quiero lograr muchas cosas. Aunque me equivoque, eso no me va a detener, porque es parte de crecer.

A cualquiera que esté leyendo, si alguna vez se sienten inconformes consigo mismos, recuerden su valor. No se detengan y sigan adelante.